

Al día siguiente de la toma de posesión de Donald Trump como presidente de los EE. UU. de América, se reunían en Frankfurt los máximos representantes de cuatro partidos europeos de ultraderecha (Partido de la Libertad, de Holanda; Frente Nacional, de Francia; Alternativa para Alemania; Liga Norte, de Italia). En su intervención, Marine Le Pen auguraba una “Primavera patriótica” en Europa. No se trataba, mal que nos pese, de una afirmación gratuita o meramente propagandística: en los últimos años el nacional-populismo se extiende por Europa, permitiendo que partidos de ultraderecha alcancen notables resultados electorales (Finlandia, Rumanía, Grecia, Reino Unido) e, incluso, que hayan llegado al poder en algunos países (Hungría, Polonia) o a formar parte –en coalición– de sus Gobiernos (Alemania, Austria, Italia, Dinamarca). En todo caso, es notorio cómo el autoritarismo en las prácticas gubernamentales y las tendencias a la derechización de los partidos conservadores avanzan a marchas forzadas por todo el mundo. Un mundo en el que todo parece dislocarse y en el que se ponen en cuestión los principios políticos y la legalidad internacionales largamente perseguidos. Un mundo que se debate en la pura incertidumbre.

La crisis del orden liberal

El orden internacional, que imperaba en el mundo occidental y poscolonial hasta al menos la crisis económica iniciada en 2008, quedó establecido al término de la II Guerra Mundial según planes ideados por EE. UU. y un puñado de países europeos. Con la caída del Muro de Berlín en 1989 y el subsiguiente derrumbe de la URSS desaparecía la única alternativa realmente existente a dicho orden. Para sus defensores, que llegaron a proclamar el “fin de la historia”, la derrota del sistema socialista significaba el triunfo del sistema liberal-capitalista, al que ya, por cierto, le habían dado otra vuelta de tuerca en los años ochenta con la versión neoliberal, convertida en pensamiento único y receta para todos a partir de entonces.

Las relaciones internacionales quedaron fijadas por un consenso multilateral a través del desarrollo de una serie de instituciones y acuerdos de carácter internacional, que se pretendían universales, basados en los principios liberales de la soberanía nacional, los derechos humanos y la democracia. Bien es cierto que los propios padres de la idea no dudaron en asumir una visión restrictiva de estos principios con el fin de controlar mercados y asegurarse materias primas baratas fuera de sus fronteras.

Con todo, gracias al trabajo de la ONU, se fue forjando toda una malla garantista de los derechos humanos, de los refugiados y del medio ambiente, hoy en entredicho.

En el terreno económico, otra red de acuerdos internacionales estableció las relaciones comerciales en un mundo cada vez más globalizado, sin fronteras para la libre circulación de productos, capitales y mano de obra, que pone toda su confianza en el efecto equilibrador del sacrosanto mercado: el sueño perfecto del orden liberal, que habría de originar necesariamente un progreso universal sin marcha atrás.

Sin embargo, hoy se aprecia cómo todo ese orden liberal hace aguas por todas partes, tanto en lo relativo a la arquitectura jurídica como en la del comercio y aun en la productiva. Las señales de los últimos acontecimientos son inequívocas y vienen protagonizadas, sobre todo, por la hasta ahora potencia directora de ese orden, los EE. UU., llevados de la mano por su actual presidente, Donald Trump: EE. UU. se ha retirado de la Asociación Transpacífica (TPP), ha dejado de negociar el Tratado de Libre Comercio de América del Norte con Canadá y México (TLCAN) y ha dado un golpe de timón a su política comercial con la imposición de fuertes aranceles a la importación. Política proteccionista esta que choca de pleno con el consenso universal anterior sobre la libertad de comercio y que ha incomodado sobremanera a potencias exportadoras como China y la UE, que se ven obligadas a replicar con medidas similares sobre los productos de origen estadounidense.

Algo se está quebrando, pues, en la globalización liberal, pero no solo en el aspecto puramente económico, sino también en lo concerniente a los derechos humanos (abandono de EE. UU. del Consejo de Derechos Humanos, de la ONU) y a la protección del medio ambiente (retirada de EE. UU. del Acuerdo de París sobre cambio climático). Se trata, sin duda, de una postura muy preocupante que no debe dejar indiferente a nadie, pues vulnera claramente el principio moral sobre el que está edificado el orden jurídico de la sociedad internacional. El aislacionismo propugnado por Trump viene a sacar del espacio internacional cuestiones tan vitales hoy como la emigración y los derechos humanos en general para convertirlas en una cuestión interna de cada Estado. Visión que, de imponerse universalmente, perjudicaría gravemente a las sociedades menos desarrolladas política y socialmente y más vulnerables, por tanto, a las violaciones de los derechos humanos al no disponer de estructuras jurídicas y políticas firmes que garanticen su defensa. En fin, ya se entiende que no es un Estado cualquiera el que se retira de compromisos tan trascendentales para el futuro de la humanidad. Tampoco se ha de dejar de tener pre-

sente que el gobierno de EE. UU. tiene notificada para el fin de este año 2018 su salida de la Organización de Naciones Unidas para la Educación y la Cultura (UNESCO), un organismo vital para el desarrollo cultural, intelectual y profesional de los pueblos en desarrollo. No olvidemos, por otra parte, que EE. UU. es, con mucho, el principal contribuyente de esta organización (y de la ONU, en realidad).

Preocupante esta situación, sobre todo, por la incidencia que puedan suponer estas deserciones sobre el empeño colectivo y solidario de la comunidad internacional en seguir buscando vías para satisfacer y asegurar la dignidad humana con carácter universal. Como una pérdida para el multilateralismo y para la familia de las Naciones Unidas calificó Irina Bokova, directora general de la UNESCO, la decisión de los EE. UU., en una declaración oficial (12 de octubre de 2017), en la que afirmó que la Organización continuará trabajando por su universalidad, “por los valores que compartimos, por los objetivos que tenemos en común, para reforzar un orden multilateral más eficaz y un mundo más pacífico y más justo”. Palabras aplicables igualmente a las misiones de todos los organismos de la ONU y a las instituciones que velan por el concierto y el equilibrio internacionales, en general.

Es verdad que no podemos sublimar el papel desempeñado por la ONU: en ningún momento se puede decir que sirvió a la perfección para el cumplimiento de los objetivos establecidos desde su fundación y su funcionamiento; además, lleva décadas siendo cuestionado, especialmente por su estructura de poder, basada todavía en lo establecido por las potencias que se consideraron vencedoras de la II Guerra Mundial. Sin embargo, la ONU sigue siendo el símbolo de la multilateralidad y del concierto entre las naciones, sigue siendo la plataforma principal de los debates sobre las relaciones internacionales y sigue siendo el organismo gestor de los acuerdos suscritos. La cuestión no es ahora si la ONU no acaba de funcionar, sino que es la multilateralidad lo que se está cuestionando. Véase, si no, cómo EE. UU. —accediendo a los deseos de sus aliados Israel y Arabia Saudí— se desdijo el pasado 8 de mayo de la firma del acuerdo de Viena sobre el programa nuclear iraní, ante la estupefacción internacional. El Plan Internacional Conjunto (Viena, 2015), firmado por unanimidad por los cinco miembros permanentes del Consejo General de la ONU, venía a acordar el fin de las sanciones económicas a Irán impuestas por dicho Consejo, siempre que este país renunciase al programa de investigación militar nuclear. Cosa que ha cumplido escrupulosamente Irán a juicio de los controladores de la ONU y de los demás firmantes, quienes se han mantenido en el acuerdo (Consejo de Sofía, marzo de 2018). La decisión de EE. UU. de retirar su firma, con la amenaza expresa (Michael Pompeo, secretario

de Defensa) de “poner de rodillas” a los Estados que ayuden o tengan relaciones comerciales con Irán, deja en una posición incómoda a sus tradicionales aliados y pone en riesgo la paz de toda aquella delicada región geoestratégica en torno al Golfo Pérsico.

Los aliados occidentales contemplan irritados las veleidades diplomáticas de Donald Trump y sus coqueteos con antiguos “enemigos” como Rusia y China (y hasta con la demonizada Corea del Norte) mientras ninguna de las partes occidentales, empezando por la mismísima OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte). Trump exige a sus socios de la alianza un aumento de sus inversiones en defensa, pero lo que muchos piensan es que en realidad detrás de sus exigencias lo que está es su idea de que la OTAN ya no tiene sentido y que, incluso, la podría abandonar como ha hecho ya con los organismos internacionales ya comentados. Trump piensa que sus socios se han estado aprovechando de la fuerza militar y del dinero de EE. UU. y que ya es hora de que eso cambie. Con arreglo a su concepción empresarial de la diplomacia, no tiene ningún reparo en entenderse con sus antiguos enemigos ni en tratarlos mejor que a sus aliados si puede sacar algún beneficio de ellos.

La cuestión no es baladí para Europa, pues no se siente preparada militarmente para su defensa, si llega el caso de perder el paraguas protector de los EE. UU. Por eso, la canciller alemana, Angela Merkel, ya ha disparado las señales de alarma reclamando una política europea propia en materia de defensa y una mayor cooperación europea.

Europa o, mejor dicho, el proyecto que hoy conocemos como Unión Europea (UE) es otro encaje más de la urdimbre multilateralista salida del orden liberal que se empezó a construir recién acabada la II Guerra Mundial. El de la UE es un camino que tuvo su comienzo en 1951 con la constitución de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), integrada por seis países la República Federal Alemana (RFA), Francia, Italia y el Benelux (Bélgica, Holanda y Luxemburgo)—, embrión de la Comunidad Económica Europea (CEE), establecida por el Tratado de Roma de 1957. Diversos tratados fueron ampliando las competencias de la organización en materia de investigación, en materia social, de política exterior, de seguridad... hasta que, por el Tratado de Maastricht, quedó aprobada la nueva estructura institucional de la Unión Europea (UE) el 7 de febrero de 1992.

En este largo camino, a los seis países originarios se fueron uniendo otros muchos en distintas etapas: Reino Unido, Irlanda y Dinamarca, en 1973; Grecia, en 1981; España y Portugal, en 1986; y Austria, Finlandia y Suecia, en 1995. Tras la caída del Muro de

Berlín (1989), la UE se abrió también a países del centro y este de Europa, hasta entonces integrados en las instituciones internacionales del área comunista (COMECON, Pacto de Varsovia...) o directamente en el seno de la URSS. La República Democrática Alemana (RDA) fue incorporada directamente, al ser absorbida por la RFA, y nada menos que ocho países más de ese entorno entraron de golpe en 2004: Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, República Checa, Eslovaquia, Hungría, además de Malta y Chipre. Por fin, en 2007, quedó completada la Unión con Rumanía y Bulgaria. Ese mismo año el Tratado de Lisboa introdujo algunas reformas respecto al Tratado de Maastricht con el fin de mejorar el funcionamiento del megaproyecto en que se había convertido la Unión Europea, aunque sin modificar sustancialmente su estructura y reafirmando en los principios liberales que la caracterizaban y que se impusieron severamente a los recién llegados.

La UE se convirtió en una gran potencia económica que competía en el mercado mundial con EE. UU. , Japón y las pujantes economías emergentes (China, Rusia, India...), pero, políticamente, no puso en práctica directrices ni actuaciones comunes, dejando libertad de alianza a sus socios, y, militarmente, ha dependido siempre de la OTAN y, por tanto, de EE. UU.

La cohesión europea quedó fuertemente dañada por la crisis económica de 2008 y pronto se evidenciaron reticencias entre sus miembros, bien para aplicar medidas de solidaridad bien para acatar las rígidas directrices de política económica relativas a la contención del gasto y del déficit públicos. Ya había habido, no obstante, suspicacias anteriores en cuanto a la permanencia en la organización, como se pudo apreciar en los referendums consultivos de Holanda (2005) e Irlanda (2008), aunque el verdadero bombazo fue el resultado del referéndum sobre la permanencia del Reino Unido del 23 de junio de 2016, en cuya campaña los partidarios de la salida (el llamado “brexit”) defendieron un mayor control sobre las inmigraciones, libertad para negociar los acuerdos comerciales y zafarse de las regulaciones comunitarias. Por escaso margen (51,9 % frente al 48,1 %) ganó el “brexit”, que la primera dama británica, Teresa May, se encarga de gestionar con Europa, con el lastre de una parte de la clase política y de la opinión pública no convencidas.

En esta primera ruptura de la unidad comunitaria juega, como se ha dicho, un excepcional papel la inmigración, un caballo de batalla que, no cabe duda, se ha convertido en el principal cáncer de la cohesión. Desde hace ya un tiempo son bien notorias las fisuras que se han ido abriendo en las estructuras y disposiciones comunes causadas por políticas migratorias divergentes. Los países que componen el Grupo de Visegrado (Polonia, Hungría, República

Checa y Eslovaquia) han dicho no a la política europea común sobre inmigración y a la cuota de refugiados. Pero la cosa no queda ahí, pues los gobiernos de Austria e Italia han hecho causa común con sus posiciones. Precisamente la presidencia semestral de la UE que ejerce en estos momentos le va a dar al gobierno austríaco la posibilidad de sacar a debate sus dos obsesiones: el freno de la inmigración irregular y el refuerzo de las fronteras exteriores de la UE. El canciller austríaco, Sebastian Kurz, jefe de un Gobierno de coalición de conservadores (ÖVP) y ultraderechistas (FPÖ), esgrime la propuesta de “una Europa que proteja” y pretende que la UE financie centros de expulsión en el Norte de África y en los Balcanes para aquellos a los que no se les conceda asilo. En última instancia lo que busca es una reconsideración completa del fenómeno migratorio, al que se vincula sin más con el fenómeno terrorista. Este planteamiento ha sido bien recibido por el líder de la Unión Social Cristiana (CSU) de Baviera, Horst Seehofer, a la sazón ministro del Interior alemán, y por Matteo Salvini, líder de la Liga Norte y ministro también del Interior italiano. Este último no ha dudado en responder desabridamente en la RAI a las declaraciones realizadas en un diario alemán del ministro de Asuntos Exteriores, Josep Borrell, en las que acusaba al ejecutivo italiano de practicar una política migratoria “a costa de toda Europa”, de la siguiente forma: “No respondemos a los insultos por parte de un Gobierno [el español] y un ministro que favorecen una inmigración fuera de control”.

Mucho es de temer que las exigencias del ministro español —expresadas en la misma entrevista— de “una política de la Unión Europea unitaria y solidaria que ordene los flujos de refugiados” se quede en una mera desiderata de los partidarios de las esencias primigenias de la Unión. El “brexit”, las políticas nacionalistas y la xenofobia, así como los partidarios de la salida del euro juegan en su contra y pueden sumar las condiciones suficientes para una disolución de la Unión Europea a los 60 años de su integración. Habrá que ver qué sucede en las próximas elecciones europeas previstas para mayo de 2019. Seguramente nos proporcionarán alguna pista al respecto.

Autoritarismo y populismo

El marco de referencia de la época posbélica y poscolonial está en entredicho. Ya no es —si no yerra el análisis realizado— ni liberal ni mucho menos universal, ni tampoco ordenado. Y la democracia, pilar básico de este sistema, la que se supone que se iba a consagrar con el triunfo del proyecto liberal, parece debilitarse día a día. Para un buen número de analistas, esta situación es debida a los excesos del neoliberalismo que han conducido a una creciente de-

sigualdad en la sociedad, polarizándola, entre países y entre regiones. Según este planteamiento, la democracia, así como el estado del bienestar, sólo son posibles en sociedades mínimamente equilibradas igualitariamente, situación de la que parece que estamos bien alejados, si tenemos en cuenta el Informe sobre Desigualdad Social (2018), coordinado entre otros, por Thomas Piketty: “Si en el futuro las condiciones actuales se mantuvieran sin cambios, la desigualdad a escala mundial continuaría creciendo”.

La desconfianza y el desapego hacia el sistema democrático, inspirado hasta ahora por EE. UU. y Europa, se extiende cada vez más en el mundo poscolonial y, también, en América latina, cuyos gobiernos buscan, al margen de la referencia liberal, otras líneas políticas (populismos latinoamericanos, fundamentalismos islámicos...) y alianzas, favorecidas por la entrada en juego de potencias con cada vez más rol en el contexto internacional, como China, Rusia o Irán. Las políticas autoritarias se van imponiendo cada vez más abiertamente, pero no solo en las áreas señaladas, sino en todo el mundo en general, sin salvarse siquiera ni EE. UU. ni Europa, las diseñadoras de la democracia liberal. La competencia capitalista ejercida por el neoliberalismo ha servido para favorecer desproporcionadamente a una élite empresarial y financiera, mientras las reformas laborales han ido condenando a la precariedad a amplias masas de la población. Al mismo tiempo, el Estado ha ido dejando de invertir en el gasto social y de proveer servicios a los ciudadanos, de manera que la brecha social se va haciendo mayor entre dos extremos sociales, peligrando el status de las clases medias. El anterior informe citado ya avisa de que “la clase media mundial en términos de riqueza se reducirá si las condiciones actuales no cambian”.

El descrédito de las élites gobernantes, corruptas e ineficaces, a los ojos de gran parte de la ciudadanía, estaba servido. Su resultado ha sido el que seguramente cabía esperar: el retroceso, si no hundimiento, de los partidos clásicos, conservadores y socialdemócratas, y la ascensión de alternativas políticas de uno y otro signo entre los se han hecho hueco las posiciones de ultraderecha y el populismo nacionalista y xenófobo. Los partidos conservadores tradicionales, perjudicados por esta crisis política –en su afán de recuperar el espacio perdido ante las nuevas derechas– no han dudado en desplegar toda una retórica demagógica para dotarse de una imagen nacional-populista competitiva. Las primeras víctimas de esta deriva son la democracia y, muy significativamente, los derechos humanos. La insolidaridad, la desconfianza hacia el “otro”, el conservadurismo moral y social, el dogmatismo y las restricciones de la libertad de expresión son sus expresiones más evidenciables. Si a alguien le cabe duda de si el autoritarismo

puede convivir con el neoliberalismo (hasta ahora patrocinado por el sistema liberal democrático), no tiene más que mirar hacia la Rusia de Putin, la China de Xi Jinping o los EE. UU. de Trump.

En Europa el giro derechista y ultranacionalista tiene un caballo de batalla sobre el que galopar: el rechazo de la inmigración y la denuncia de las políticas que favorecen o no combaten decididamente la limitación de esa inmigración, a la que se tacha de verdadera invasión. Desde la demagogia más chovinista y patrioter se acusa a los inmigrantes de parásitos que vienen a arrebatar el trabajo a los autóctonos y de aprovecharse de la protección social que ofrece el Estado, llegando aún más lejos en muchos casos al identificar la inmigración con violencia, delincuencia y terrorismo, una amenaza constante para la “seguridad nacional”. Nada de esto se sostiene, si se contrasta con información veraz y análisis rigurosos.

Según un informe reciente del Banco Mundial, en el que considera los movimientos migratorios como un mecanismo consustancial con el mercado (máxime ahora que parece que el capitalismo ha dejado de apostar por la deslocalización de forma prioritaria), el porcentaje de la población mundial que no vive en el país en el que ha nacido viene a ser del 3 % sobre el total poblacional, situación que no ha cambiado desde 1960. La idea de invasión no es, pues, más que un artificio propagandístico. Lo que puede crear situaciones de *shock* son las concentraciones de población emigrada proveniente de catástrofes naturales y de conflictos bélico o políticos. Es el caso de la llamada “crisis de refugiados”, iniciada en 2015 con motivo de la guerra de Siria y alimentada también por otros conflictos bélicos de Asia y África y por casos como los de Venezuela o de los rohinyás de Myanmar. Sin embargo, el susodicho informe sostiene también que los refugiados se mantienen desde igual fecha entre el 7 y el 10 % del total de emigrados. Tampoco es esta, pues, una situación excepcional. No perdamos de vista, por otro lado, que la inmensa mayoría de los refugiados se queda en los países vecinos al de aquel del que parten. Y ahí sí que –como es el caso del Líbano, por ejemplo– la proporción de refugiados respecto a la población total nacional es ya muy considerable, siendo que además suelen tratarse de economías bien por debajo de las europeas. En cuanto a los casos de fundamentalistas violentos registrados oficialmente entre el conjunto de los refugiados es realmente nimio. En fin, si alguien realmente se quiere poner a considerar los múltiples factores que inciden en la cuestión migratoria y entrar en serio en su debate, puede empezar por leer el artículo de Hein de Hass, profesor de Sociología en la Universidad de Amsterdam, “Mitos de la inmigración: gran parte de lo que creemos no es cierto” (*CTXT. Revista de Contexto*, 19-04-2017).

En todo caso, muchas de estas erróneas creencias y malentendidos no son inocentes. Proviene de datos e informaciones sesgadas y simplificadas, descontextualizadas y tergiversadas con toda intención. Es un discurso, el antiinmigratorio, construido para actuar tanto sobre la opinión pública como sobre los gobiernos. Se trata del viejo recurso del miedo al “otro” y del de la magnificación de la inseguridad. Una desconfianza no sólo xenófoba, sino que se dirige también a los “otros” políticos, esos que no creen que Europa se deba convertir en un fortín y que defienden valores universales, de igualdad y de solidaridad. La demagogia se ha extendido por todo el espectro político y el lenguaje se manipula hasta el punto de que se hace impracticable, contribuyendo a la simplificación absoluta de los conceptos ideológicos y de los propios debates. El miedo al “otro” se enmascara con la idea de protección de lo propio, con lo que queda certificado el recurso al nacionalismo más intransigente y proteccionista. Los ataques al inmigrante quedan justificados con la excusa de defender a la población y la seguridad nacionales, argumento bien recibido por las clases medias, las más desorientadas por los efectos de la crisis y las más receptivas a este tipo de discursos (algo que no es nuevo históricamente).

“La antiinmigración es un estado anímico y político sorprendentemente poderoso, cuando nuestra necesidad de afirmarnos frente al otro cobra fuerza suficiente, estamos dispuestos a ignorar memoria, valores e incluso leyes. Hasta el punto de hacernos irreconocibles. ¿Cuánto de lo que hoy consideramos aceptable hubiese sido intolerable hace solo unos años? ¿Cuánto de la involución proteccionista de Europa frente a otras personas formará parte de la Unión que seremos?” (Gonzalo Fanjul, “La indiferencia de las masas”, *El Doblado*, 9, CTXT, octubre 2017).

Pueden parecer estas reflexiones puras exageraciones o que son fruto de determinadas hipersensibilidades, puede, pero no parece conveniente despreciarlas ni tomarlas a la ligera. Los hechos de actualidad y los datos electorales están ahí, no hay más que mirarlos, solo hay que concederles la importancia y el valor real que tengan. ¿O acaso pueden pasar desapercibidos hechos como el que en Alemania (¡en Alemania!) los neonazis consiguieran en septiembre de 2017 un 13 % de los votos y 94 escaños del Parlamento?

Hasta ahora, para hablar de estas cosas, siempre mirábamos para afuera, como si en España estuviésemos inmunizados para una deriva semejante. Es verdad que aquí las formaciones clásicas de ultraderecha no tuvieron gran relevancia tras la muerte de Franco y que casi desaparecieron a lo largo de la Transición: el Partido Popular (derecha casi única) parecía servir de colchón para amorti-

guar esas posturas y, a la vez, de paraguas bajo el que cobijarlas. Pero no, no estamos inmunizados y la crisis económica ha sacado a la luz esa ideología soterrada y ha hecho resurgir grupos de ese tenor con algunos resultados electorales localizados, no preocupantes en principio. El efecto político más demoledor ha sido, sin embargo, la ruptura del bipartidismo gobernante y el surgimiento de alternativas tanto por la derecha como por la izquierda; situación que hizo entrar en “modo pánico” a los partidos de turno. Y es aquí donde entran en juego el comodín de la antiinmigración y la táctica del nacional-populismo, esgrimido primero por Ciudadanos y replicado, después, por el Partido Popular para no perder comba, dados los últimos resultados electorales y, sobre todo, la tendencia que marcan las encuestas de opinión.

No cabe duda de que el neoconservadurismo y nacional-populismo que invade el panorama político y social español tiene su origen en los efectos de la crisis económica y en la incidencia de las causas generales señaladas para el panorama europeo y mundial. Pero en España han contado con un plus especial, el denominado “Procés”, la cuestión catalana, sobre la que se han volcado con vehemencia en “defensa de España” y de la legalidad constitucional los partidos de la derecha española, con la colaboración del PSOE. Se aduce, por parte de los a sí mismos llamados “constitucionalistas”, que el populismo se ha enseñoreado del nacionalismo catalán. Desde luego, tampoco Cataluña es inmune al fluir de los tiempos ni ajena al contexto europeo, por lo que las tendencias señaladas pueden lógicamente influir en el cuerpo político catalán, pero no nos debemos olvidar de que las raíces del nacionalismo catalán (y sus versiones) son profundas y vienen de lejos, ni tampoco de que no son pocos (incluso de fuera de Cataluña) quienes piensan que el origen del conflicto actual está en Madrid. También hay que tener presente que el muy extendido anticatalanismo, igualmente antiguo, procedente de otras partes del territorio español está siendo aprovechado como campo abonado para la nueva simiente nacional-populista suministrada por las grandes formaciones políticas que compiten por el espacio electoral de la derecha y centro-derecha. No sabemos a dónde nos conducirá el cambio político producido con la inesperada caída del anterior presidente de gobierno, Mariano Rajoy, pero sí podemos decir que los últimos años, los anteriores a esta inflexión, no fueron buenos ni para los proyectos progresistas, ni para las políticas sociales, ni para el estricto ejercicio de los derechos humanos (libertad de expresión, refugiados...), ni para la democracia (judicialización de la política), en suma. La situación actual no se puede tachar de satisfactoria y el panorama no resulta halagüeño, pero lo peor es que tampoco se vislumbran al-

ternativas realistas y que marquen una verdadera diferencia en unas izquierdas políticas paralizadas.

Combatir el desánimo

El desánimo que hoy se puede detectar en los sectores sociales más preocupados por la situación general y las perspectivas de evolución tiene precisamente su origen en el fracaso de la utopía liberal que Francis Fukuyama exaltó a raíz del derrumbe definitivo de otra utopía, la comunista, y en la ausencia de otra alternativa que viniera a cumplir el papel que desempeñó aquella en sus orígenes. El propio Fukuyama es consciente del fracaso de la operación liberal, tal como deja ver en una entrevista de no hace mucho (*Esglobal*, 30-05-2017), donde reconoce que “la globalización económica había rebasado los límites de la globalización política. [...] Los beneficios de la globalización no se han repartido de forma equitativa, que es por lo que hay un retroceso. La mayoría de la gente piensa a nivel nacional, si es que no lo hace a escala regional. Cambiar eso es extremadamente difícil”.

El desánimo suele conducir a la desesperanza más tarde o más temprano y eso es lo más peligroso, pues puede conducir a un callejón sin salida. La gente, en situaciones sin horizonte, perdidas las convicciones y pautas de funcionamiento que había hecho suyas, necesita y quiere creer en algo a lo que asirse, incluso desesperadamente. Y eso lo saben muy bien aquellos que, para iluminar las tinieblas, ofrecen fórmulas políticas basadas en la afirmación de lo identitario, de la exaltación de lo propio y el rechazo de lo que viene de fuera, de lo que, en suma, vienen a llamar “seguridad nacional”. Ante este tipo de oferta, que la historia nos muestra como no deseable, se deben levantar otras que vuelvan a enarbolar las ideas de justicia, igualdad y solidaridad al servicio de los ciudadanos. Es decir, se hace necesario –como, por otra parte, ha sido así siempre– la persecución de utopías basadas en los ideales humanísticos. Es cierto que las utopías no se llegan a consumir nunca y que algunas se han transformado en construcciones sociales alienantes, en verdaderas distopías, pero han abierto caminos e inspiraciones de progreso y cambio social. “La utopía tiene algo de segregación hiperbólica del ideal: es una expresión inevitable del deseo de mejora de las comunidades humanas. Por eso podemos hablar de ‘necesidad de la utopía’”. (Manuel Arias Maldonado, *Revista de Libros*, 13-06-2018).

El ser humano necesita y debe buscar la utopía, que no tiene por qué ser un camino unidireccional, teleológico: la utopía puede tener una multiplicidad de vías y de objetivos sin fin. En este sentido podemos recordar (y sirva de homenaje en el año en que con-

memoramos el centenario de su nacimiento) las palabras de Nelson Mandela: “Después de escalar una gran colina, uno se encuentra solo con que hay muchas más colinas que escalar”.

Hay que armarse, pues, de valor y combatir el desaliento. Y esto requiere un poco de esfuerzo: informarse, reflexionar y practicar el ejercicio de la crítica, renunciando a las explicaciones fáciles y a los discursos simplones. Hay que leer, hay que analizar, conocer la geoestrategia y las relaciones internacionales, hay que estudiar la historia para saber qué es lo que nos ha conducido a lo que somos y a la situación actual... y, atención, hay que elegir bien las fuentes en las que nos informamos, que sean serias y profesionales y, a ser posible, plurales: ni contentarnos con los mensajes y chismes de las redes sociales (en su mayor parte de origen desconocido y a menudo perverso) ni alimentarnos exclusivamente de los medios que nos ofrecen la visión que queremos, la que viene a ratificar nuestras ideas y las convicciones que detentamos.

Hay que buscar alternativas, sin esperar a que lleguen; hay que reaccionar desde lo personal y desde lo local, combatir el marasmo y el conformismo desde actuaciones individuales y colaborativas. Asociaciones ciudadanas, proyectos culturales, iniciativas sociales... pueden coadyuvar en la forja de una mayor conciencia crítica de la sociedad y en la búsqueda de nuevos ideales (o en la defensa de los viejos todavía válidos) que nos reconduzcan a la esperanza en un mundo mejor.

Todo este recorrido discursivo quiere al fin justificar y dar sentido a toda una serie de actividades que el Centro de Estudios Locales de Andorra (CELAN) ha venido realizando en los últimos tiempos y que se salen del estrecho marco de lo que se entiende por estudios locales. A más de uno le habrá sorprendido que un centro de este tipo haya organizado –además de las actividades que le son más propias– jornadas, exposiciones gráficas, ciclos de cine y charlas sobre temas tan poco locales como la Primera Guerra Mundial (2014), la Revolución rusa (2017) o los refugiados en la historia (2017). Son temas cruciales para la comprensión de todo lo que se ha ido exponiendo en este prólogo y, si no han sido visiones todo lo completas y variadas para mostrar sus complejidades que hubieran podido ser, sí que confiamos al menos en que fueran lo suficientemente interesantes e ilustrativas para mover a la reflexión y despertar la curiosidad y el ansia de saber más sobre todo aquello que nos traído hasta el mundo de hoy.

El sentido y el recorrido de las utopías en la historia de la humanidad también han sido, este mismo año, objeto de atención en el marco de unas jornadas de filosofía que organiza el IES Pablo Serrano de Andorra, centro con el que colabora el CELAN desde su

fundación. Tema este, el de la utopía, que volverá a ser tratado en las jornadas que prepara el CELAN para este otoño, con un amplio abanico de actividades muy diversas, en las que se abordará el conjunto de acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de 1968 y cuyo conocimiento nos parece inexcusable para entender nuestra historia más reciente. Solo cabe esperar que los argumentos expuestos en este largo prólogo sirvan para despertar el interés sobre estas jornadas y, por ende, para que se registre una buena afluencia de público. Sea así, pues.

•

En este número 17 de la *Revista de Andorra*, encabezado por una refrescante portada de Isidro Ferrer, fruto seguramente de los rigores calóricos de este verano que todos hemos padecido, nos hemos preocupado de aspectos socioeconómicos importantes para la delicada situación que atraviesa en estos momentos nuestra comarca. Una vez estudiada la población comarcal desde un punto de vista puramente demográfico, de lo que se ocupó M.^a Ángeles Tomás en el número anterior, había que abordar la población desde la vertiente económica, educativa y profesional. El trabajo, obra de Beatriz Ara Comín, es una fotografía de esa estructura desde 2016 hasta ahora. Si el problema de la crisis del carbón y la difícil reconversión económica es la principal preocupación en el territorio comarcal y en su cabecera en particular, no es menor la del suministro de agua, de siempre, pero más especialmente en los últimos tiempos por la mala calidad del agua y los debates suscitados. Josefina Lerma ha emprendido un minucioso estudio sobre el abastecimiento del agua en el conjunto de la comarca y en estas páginas nos hace la primera entrega. El objetivo final de su trabajo es dar a conocer la situación actual del abastecimiento de agua potable en los pueblos de la comarca Andorra-Sierra de Arcos y los recursos hídricos con que se piensa que pueden contar en el futuro. Pero para llegar a eso nos inicia, y de eso trata su artículo, en los condicionantes geológicos y los históricos, jurídicos, sociológicos y técnicos. Por su parte, M.^a Ángeles Tomás, que entre otras cosas es técnico de Turismo de la comarca, nos introduce en los espacios protegidos comarcales y su soporte jurídico.

Llevábamos tiempo queriendo hacer una biografía artística de Fernando Navarro Catalán, uno de los artistas más reconocidos –si no el que más, actualmente– de los nacidos en nuestra comarca, en Andorra concretamente. No vivió mucho tiempo en su pueblo natal, pues pasó su niñez en Albalate del Arzobispo y, después, ya acabaría residiendo en Zaragoza. Sin embargo, sus relaciones con la comarca, con su área de Cultura, y con el CELAN se han hecho muy estrechas y nunca ha dejado de colaborar en todo lo que se le

ha pedido. Su currículum como escultor es apabullante y es una obligación moral de todos los andorranos y comarcanos conocerlo (¡ojalá pudiéramos tener una obra suya en alguna de nuestras rotondas como la tienen los zaragozanos en la de los Enlaces!). Por eso M.^a Luisa Grau Tello se ha sumergido en la vida y obra de Fernando para hacer realidad este deseo nuestro tan largamente esperado.

Dos fallecimientos, casi seguidos, nos sorprendieron el invierno pasado, los de nuestro querido y admirado Ángel Alcalá Galve, socio de honor del CELAN, pero sobre todo maestro y amigo inolvidable, que falleció el 3 de diciembre de 2017 y el de Sandalio Aznar Tello, canónigo de la basílica del Pilar y persona muy querida también en Andorra, el 19 del mismo mes. Pilar Sarto Fraj se ocupó de recoger todo lo que en prensa se publicó a raíz de la muerte de Ángel y ha hilado con ella una relación como un nuevo homenaje a su figura humana e intelectual. Por su parte, Eloy Fernández Clemente y la misma Pilar realizan con su texto una semblanza de Sandalio, sobre su itinerario vital y su callada labor eclesiástica.

Como en algún otro número anterior, nos permitimos una incursión en el mundo de la literatura a través de la sensibilidad evocativa que Jesús Calvo Betés ya nos había demostrado con anterioridad. Descripciones del paisaje de Ejulve, sus ermitas (las desaparecidas del Santo Sepulcro y de Santa Catalina, y las todavía existentes de San Pedro, Santa Ana y San Pascual Bailón), la iglesia parroquial, el antiguo edificio del Hospital... son el objeto de su mirada personal, todo ello entreverado con recuerdos de su infancia.

Juan Manuel Calvo se encarga de la sección Documentos con dos artículos. En el primero presenta unos fondos del Archivo Histórico Nacional relativos a unos testamentos del siglo XIV que nos acercan a algunos aspectos de la vida cotidiana en Ejulve en aquel tiempo, detallando especialmente las últimas voluntades del matrimonio Górriz y la fortuna descrita en su legado. En el segundo continúa con la recopilación de las descripciones de las localidades de la comarca en los diccionarios geográfico-enciclopédicos iniciada en el pasado número de la revista, para transcribir en esta ocasión las anotaciones publicadas en el *Correo General de España* (1770) por el alcañizano Francisco Mariano Nipho, fundador en 1758 del primer periódico diario en España.

Mucho tendremos que agradecer a las abnegadas autoras (Pilar Sarto y Pilar Villarroja) de la Crónica anual comarcal cuando queramos el día de mañana buscar datos de lo acontecido en el pasado. Son ya 17 años de vida y, ya, de historia comarcal.

En este número, a las habituales recensiones de los concursos de relatos (“Juan Martín Sauras”, de la Biblioteca de Andorra) y de fotografía (Certamen Internacional “Villa de Andorra”), hemos sumado además, y esperemos que en adelante, la de la Bienal de Arte, que con carácter provincial y notable éxito organiza el área de Cultura de la Comarca Andorra-Sierra de Arcos.

Buen provecho.

Javier Alquézar Penón

Director de la *Revista de Andorra* y presidente del CELAN

8 de agosto de 2018

